


Reimpresión

El folkllore dentro de las disciplinas antropológicas: tradición y nuevos enfoques

LUIS DÍAZ VIANA¹

 0000-0002-9486-148X

Profesor vinculado *ad honorem* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), España

Miembro de honor del Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid (UVA), España

perifèria

revistes.uab.cat/periferia



Junio 2022

Para citar este artículo:

Díaz Viana, L. (2022). El folkllore dentro de las disciplinas antropológicas: tradición y nuevos enfoques. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia*, 27(1), 118-135, <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.884>

Resumen

Este artículo trata de las relaciones entre folkllore y antropología a lo largo de la historia. Y plantea el posible o recomendable entronque, para la -en su momento- emergente antropología española, de los estudios de folkllore dentro de las disciplinas antropológicas en un marco académico y científico internacional. Para ello, hace un repaso conceptual, que va de su definición al surgir como romántico "descubrimiento del pueblo" a las redefiniciones actuales. Y reivindica el sentido que tiene su inclusión en una visión integral de la antropología como la subdisciplina o especialización que se ocuparía de los aspectos estéticos y creativos de las culturas en su conjunto.

Palabras clave: Folkllore; Estudios de Folkllore; Antropología; Oralidad; Arte verbal.

Abstract: *Folkllore within anthropological disciplines: tradition and new approaches*

This article deals with the relationships between folkllore and anthropology throughout history. And it raises the possible or recommended connection, for the - at that time- emerging Spanish anthropology, of folkllore studies within anthropological disciplines in an international academic and scientific framework. To

¹ Contacto: Luis Díaz Viana – luis.diaz@cchs.csic.es



do this, it makes a conceptual review, which goes from its definition to emerge as a romantic "discovery of the people" to the current redefinitions. And it vindicates the meaning of its inclusion in a comprehensive vision of anthropology as the subdiscipline or specialization that would deal with the aesthetic and creative aspects of cultures as a whole.

Keywords: Folklore; Folkloristics; Anthropology; Orality; Verbal art.

Prólogo

Este texto que aquí se reedita fue publicado en el número 20 de la revista de antropología *Ethnica* en Barcelona. En la introducción a dicho volumen, se quejaba su director Claudio Esteva Fabregat, quien también lo había sido hasta ese momento del Centro de Etnología Peninsular e Hispanoamericana (CEPEH), de que la institución que había sustentado a ambos los hubiera suprimido precisamente en ese mismo año de 1984. Para Don Claudio, el doble cierre venía a significar el "final de una etapa de la antropología española" y de su pretensión o intento de que los caminos de la antropología cultural iniciados por él, en la universidad y en el centro barcelonés del CSIC, pudieran llegar a confluir y siguieran complementándose.

Fue el propio Esteva quien me invitó a escribir en *Ethnica* un artículo que tratara de antropología y folklore, seguramente movido por lo que Don Claudio denominaba en el mencionado texto una "versión integral" de la antropología. Ésta se afianzaba como asignatura académica en las universidades españolas y Esteva, que compartía una visión a la norteamericana de la disciplina, en cuanto a ciencia integradora, veía, sin duda, posibilidades en el acercamiento del folklore a la antropología dentro de nuestro contexto. Sobre todo, si se tiene en cuenta que eran tiempos de eclosión institucional de las Comunidades Autónomas, lo cual abría un campo inédito para el desarrollo y proyección de la antropología en España. No resultaba fácil, de otro lado, para los estudiantes de antropología acceder por aquel entonces a becas o financiación que les permitiera completar su formación y realizar investigaciones en el extranjero. Y ello les abocaba a convertirse en una suerte de "antropólogos en casa" a la fuerza, compitiendo con cualquier clase de aficionados a la recopilación de las tradiciones populares (o devotos de la "cultura tradicional" y el folklorismo); por lo que parecía tan oportuno como adecuado que los futuros profesionales de la antropología

conocieran con rigor las conexiones de ambas disciplinas a lo largo de sus respectivas historias. Sé que, incluso, Esteva se planteó incorporar, de algún modo, los estudios de folklore como parte de los programas antropológicos de la universidad y, en esa línea, facilitó que yo impartiera una especie de conferencia-presentación de mi libro sobre *Canciones populares de la Guerra Civil*, que acababa de publicar Taurus Ediciones en 1985. Tal obra supuso, en lo personal, una relevante experiencia en mi trayectoria como investigador independientemente de la repercusión que pudiera tener en su época, pues había empezado estudiando la oralidad del romancero en mi tesis de filología, para ocuparme más tarde durante varias décadas de la Literatura de Cordel, y seguí interesándome a lo largo también de bastante tiempo por la memoria de la Guerra Civil (ahora tan en auge), a partir tanto de la documentación impresa a mi alcance, como del eco oral de sus cantos. Ese proyecto lo inicié en 1975, siendo todavía un estudiante de doctorado en Valladolid y lo finalicé casi 10 años después cuando me hallaba con una beca postdoctoral en la Universidad de California en Berkeley como investigador asociado del Departamento de Antropología. Mucho debo en esta andadura a la enseñanza de figuras que ya me habían precedido en el estudio de esos temas como Don Julio Caro Baroja, director del proyecto de Fuentes de la Etnografía Española del CSIC, al que me incorporé a mi regreso de los Estados Unidos, pero no menos a mis maestros y amigos de la Universidad de Berkeley, el reputado folklorista Alan Dundes o Stanley Brandes, profesor de antropología de la misma institución.

Esteva Fabregat debió entender que mi conocimiento de las relaciones entre antropología y folklore en el ámbito de las universidades norteamericanas, así como mis aportaciones al respecto, podrían ser de interés para reencauzar la conexión con los estudios de folklore de la antropología española, y aprovechar el potencial de su normalización académica. Probablemente por ello, no fueron estas invitaciones, ya comentadas, las únicas propuestas de Don Claudio. Así, él me terminaría encargando también lo que, en principio, iba a ser un volumen monográfico de *Ethnica*, dedicado a la antropología de Castilla y León. Sin embargo, al producirse lo que Esteva consideró una súbita desaparición "a título no explicado" del CEPEH y de la revista, la obra colectiva que yo había comenzado a preparar en torno a ese asunto tuvo que publicarse, finalmente, en la Editorial Anthropos, en el año 1988.

Releyendo este trabajo, hoy, para su edición en la revista *Periferia* no puedo sino sentir cierta melancolía por lo que pudo ser y no fue. Particularmente, al hacer un recuento de lo poco que ha cambiado el acercamiento al folklore en España, a través de los últimos cuarenta años, si dejamos a un lado la mutación de maneras con que denominarlo. Porque, al no haberse llegado a producir un entronque de la “folklorística” —o estudios folklóricos— con la antropología académica, ni su necesaria internacionalización, predomina en la aproximación al folklore, aquí, una visión rancia y casi reaccionaria del mismo. Una invocación interesada a una tradición vaga o abstracta, muy fácil de tergiversar de forma nada inocente y, las más de las veces, recientemente reinventada. Un anquilosamiento de la tendencia que se inició en el romanticismo de hallar en el folklore supervivencias remotas, pintoresquismos en trance de desaparecer y reservas de esencias nacionales: en suma, la manipulación grosera de las culturas populares en búsqueda de una retrógrada y nostálgica restauración de un pasado que, como tal, nunca existió. Y la incómoda e inquietante sensación de que el folklore siempre se está inaugurando y muriendo en nuestro país.

LUIS DÍAZ VIANA

Las tres chimeneas. Viana de Cega

11 de abril de 2022

Artículo

Primeramente, conviene recordar que los conceptos sobre folklore, sobre cómo denominarlo y sobre las materias que están comprendidas dentro de ese término u otros de significado semejante, son cuestiones que reciben distinta solución de acuerdo con las diversas tradiciones culturales. Si contrastamos un cierto número de obras de carácter general sobre el tema comprobaremos que, desde la perspectiva del mundo anglosajón, se ha identificado, sobre todo, folklore con *folk literature*² y

² Los testimonios en este sentido son abundantísimos. Como muestrario de ellos baste citar los recogidos por Alan Dundes, *Work Hard and You Shall Be Rewarded: Urban Folklore from the Paperwork Empire* (Bloomington: Indiana University Press, 1978), p. XIV; también, y desde otra perspectiva, el resumen de esos mismos enfoques de la tradición folklórica anglosajona tal como es expresado por Paulo de Carvalho Neto, *History of Iberoamerican Folklore* (Dosterhaut, The Netherlands: Anthropological Publications, 1969), p. 17.

tanto en los diccionarios de mitología y folklore más consultados como en la obra editada por Richard M. Dorson sobre folklore y folkloristas en los Estados Unidos³ a menudo encontramos esa noción del folklore como algo que sugiere o implica una literatura no escrita. No debe sorprendernos tampoco que los estudios sobre folklore hayan estado en Norteamérica muy condicionados, hasta un determinado momento, por el modelo inglés sobre el tema y en Latinoamérica haya influido el español o, más ampliamente, aquel enfoque que podríamos llamar "mediterráneo". De modo que la concepción de folklore en Iberoamérica coincide con el de cultura tradicional y tiende a englobar, además de los aspectos literarios o lingüísticos, aquellos que algunos tratadistas denominan *magic folklore*, *social folklore* y *ergologic folklore*. Lo que William R. Bascom definió como *verbal art*⁴ sólo abarcaría los tres primeros puntos de los seis en los que autores latinoamericanos como Carvalho Neto agrupan las diversas formas de folklore⁵.

De otro lado, y tal como señala Alan Dundes, los folkloristas europeos han seguido, en su gran mayoría, ligando la idea del folklore al más bajo estrato de la sociedad, al vulgo y, especialmente, al vulgo rural, pareciendo que sólo hay folklore entre los campesinos o que nada más ese folklore merece ser estudiado⁶. Tal concepción, relacionada con la idea de que el folklore es un segmento de pasado que sobrevive en el presente, ha configurado el enfoque "amateur" y "culto" de los estudios folklóricos en España. El moderno concepto de folklore, defendido por los más importantes folkloristas norteamericanos de hoy, amplía considerablemente esa estrecha perspectiva haciendo posible que se hable de un *folklore urbano*, como en una obra de Dundes y Patger que lleva ese título⁷, y de un folklore creado ahora mismo en círculos de obreros, profesionales de todo tipo e, incluso, de académicos.

³ Maria Leach, ed., *Standard Dictionary of Folklore Mithology and Legend*, Vol. I (New York: Funk and Wagnalls, 1972); Richard M. Dorson, *American Folklore* (Chicago: University of Chicago Press, 1959), p. 2.

⁴ William R. Bascom, "verbal Art", *Journal of American Folklore*, L X V I I, pp. 245-252; luego reimpresso en *Contributions to Folkloristics* (Sadar, India: Archana Publications for Folklore Institute, 1981), pp. 65-75.

⁵ Alan Dundes, *op. cit.*, p, XIII.

⁶ Paule de Carvalho Neto, *op. cit.*, pp. 17-18.

⁷ Alan Dundes y Carl R. Patger, *op. cit.*: la introducción al libro a la cual hemos hecho referencia anteriormente recoge y sintetiza muchos de los planteamientos de Dundes expuestos en otros trabajos suyos.

Esta línea de trabajo que, en nuestro contexto, puede aún resultar atrevida o extravagante, no está por otra parte tan lejos de los planteamientos de algunos folkloristas de la primera época que comenzaban a vislumbrar el folklore como una realidad dinámica, en perpetua recreación, cuyo proceso creativo es aprehensible en el presente⁸.

Así enfocado el problema, no tienen mucho sentido aquellas posturas catastrofistas que reducen el folklore a una operación de rescate de los rancios y añejos tesoros que están a punto de desaparecer, y justifican con la urgencia la falta de planteamientos teóricos y metodológicos. Por supuesto que, muy especialmente en el campo de la llamada "cultura material", conviene hacer acopio de aquellas piezas que por su valor documental pueden ser de gran interés en el futuro, pero no han de ser por fuerza ni las más viejas ni las más raras. No es que nos vayamos a oponer a que aquello que ha dejado de ser funcional y puede desaparecer, por lo tanto, pase a un Museo apropiado; al contrario, eso sería lo más deseable. Como señaló Vladimir Propp en un trabajo muy recientemente publicado por primera vez en inglés, el folklore descriptivo y que intenta descubrir en el pasado el origen del fenómeno que se va a estudiar, coincide con aquellos planteamientos más historicistas de lo etnográfico, pero hay aspectos del folklore que, según un enfoque más amplio, quedan fuera de esa perspectiva documentalista⁹.

Alan Dundes, al justificar como materia folklórica una realidad que, según los supuestos más convencionales de oralidad, antigüedad y ruralismo, no habría de ser entendida como tal, concluía:

Excepto por el criterio de oralidad, este material (el contenido en *Urban Folklore from the Paper Work Empire*) sería aceptado como folklore por la mayor parte de los folkloristas norteamericanos. Ya que estos materiales no pertenecen en

⁸ Además del enfoque arqueologista de los "fundadores oficiales" del Folklore, pronto se fue destacando otro que reclamaba como objeto de la naciente ciencia el estudio del arte popular y de sus procesos de creación. Tales materiales, además de su estimación por bellos o curiosos, habrían de ser estudiados como sujetos de un análisis científico. Así, escribe Antonio Machado y Álvarez en el número 1 de la revista *El Folklore Andaluz*: "Las coplas no han de estudiarse por bonitas, ni las trovas por caprichosas, ni las adivinanzas por ingeniosas, ni por raras y curiosos las tradiciones y leyendas: coplas, adivinanzas, tradiciones, leyendas, etc., han de estudiarse como materia científica". El fragmento está, en realidad, tomado por Machado de otro artículo suyo anterior publicado en la revista sevillana *Enciclopedia* (1979).

⁹ Vladimir Propp, *Theory and History of Folklore*, ed. Anly Liberman (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1985, pp. 9-10).

absoluto a la tradición oral, sólo nos quedan dos caminos: o tiramos a la papelera los datos recopilados o tiramos abajo la teoría¹⁰.

Dundes, claro está, hizo lo segundo y se enfrentó con aquel "folklore por facsímil", como él lo denominaba, basado en la múltiple existencia, en el espacio y en el tiempo, de tales materiales y en sus distintas variantes.

Debe apreciarse, entonces, que, por un lado, cierta concepción del folklore quiere presentarnos su ejercicio como ciencia social centrada en el hoy y capaz, mediante ese diagnóstico del presente, de apuntar hacia lo que puede suceder en el futuro. Mientras que, por otro, aún perduran enfoques que usan el folklore para completar el conocimiento del pasado ya sea en el campo de la literatura, de la música o de la cultura material. En este contexto, no me atrevo a asegurar que la identificación terminológica que se hace actualmente en nuestro país entre folklore y etnografía, para así legitimar científicamente al primero, sea del todo adecuada, pues puede recortar una concepción más actual y enriquecedora de esta clase de estudios. Me estoy refiriendo, ahora, al hecho de que el folklore se disuelva dentro de una etnografía de resabios arqueológicos por eufemismo, si bien, antropólogos y folkloristas han de ser, en un primer paso de su quehacer, etnógrafos y, según la expresión de Carmelo Lisón, poetas de lo etnográfico, pues en un estadio más profundo se esfuerzan por recorrer, a la inversa, la vía inventada previamente en una *poiesis* colectiva, como luego se expondrá¹¹.

Para Alan Dundes¹² hay dos pasos básicos en el estudio del folklore: "El primero es objetivo y empírico; el segundo es subjetivo y especulativo. El primero podría ser denominado 'identificación' y el segundo 'interpretación'. La 'identificación', esencialmente, consiste en una búsqueda de similitudes; la 'interpretación' estriba

¹⁰ Alan Dundes, *op. cit.*, pp. XV I I-XV II I. Dice este autor: "Except for the oral criterion, these materials would doubtless muster pass as folklore for most of American folklorists. Since the materials are not in the oral tradition, there are two possibilities: one can either throw out the data or throw out the theory".

¹¹ Carmelo Lisón Tolosana, *Antropología Social y Hermenéutica* (México, Fondo de Cultura Económica, 1983).

¹² Alan Dundes, "The Study of Folklore in literature and Culture", *Journal of American Folklore*, LXXVIII (1965), pp. 131-132. Expresa textualmente Dundes: "The text-without-content orientation is exemplified by both anthropological and literary folklore scholarship. Folklorists go into the field to return with texts collected without their cultural content; folklorists plunge into literary sources and emerge with dry lists of motif or proverb lifted from their literary content. The problem is that for many folklorists 'identification' has become an end instead of a means to the end of interpretation".

en delinear las diferencias". Prosigue Dundes, muy certeramente, señalando cómo los folkloristas profesionales, por lo común especializados en las mecánicas de identificación, están en condiciones de criticar a los estudiosos de la literatura y a los antropólogos culturales por sus errores al identificar materiales folklóricos, entregándose a interpretaciones precipitadas.

Reconoce el mismo autor, de otra parte, que, si bien los folkloristas tienen, a veces, razón en criticar los ingenuos análisis que resultan de una "identificación" inadecuada, pueden también ser criticados ellos mismos por no hacer nada más que "identificar".

Para precisar el objeto del folklore o, mejor dicho, cuál queremos nosotros que sea, más que entrar en una discusión sobre las materias que engloba, deberíamos, en mi opinión, de concretar qué es lo que estudia, pues sólo definiendo su objetivo y métodos podremos hablar del folklore como disciplina científica. El punto fundamental es aceptar o no la hipótesis de que existe un cuerpo, un conjunto de manifestaciones que incluyen lo literario, musical, ritual, etc., susceptible de ser estudiado de acuerdo con una metodología básicamente válida para todos esos casos. Si ese "corpus" existe como tal, se sustentará en un código, en un sistema que el folklorista podrá analizar. De no ser así, el folklore no pasará de ciencia ilusoria levantada sobre las parcelas peor conocidas —o comprendidas— de otras disciplinas.

Desde sus inicios, el folklore pretendió ser la ciencia que estudiara el saber o cultura popular. Debemos reflexionar si hoy es adecuado sostener la necesidad de una ciencia de lo popular, diferenciada de las disciplinas que estudian la cultura humana en su conjunto y, en ese caso, cuál ha de ser la conexión del folklore con ellas. Resulta obligatorio, entonces, definir lo que entendemos por "popular" y también, por "tradicional" ya que este término, en ciertas tradiciones culturales, ocupa el espacio del primero o, al menos, penetra en él. Según el criterio de algunos estudiosos de la literatura, como Menéndez Pidal¹³, lo tradicional viene a ser lo popular decantado por

¹³ Ramón Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico* (Madrid: Gredos, 1953), vol. I, p. 44. Dice al autor en palabras muchas veces repetidas: "La divulgación de un canto tiene dos grados muy diversos. Uno es el meramente popular... El canto es recibido por el público como moda reciente... Otro es el tradicional. El canto es considerado como patrimonio común. Sin duda, antes se introdujo como moda nueva, pero olvidada rápidamente la novedad, el canto sigue estimado como antiguo; precisamente su mérito es la antigüedad, el ser canto de los padres y abuelos".

el tiempo y lo popular no mucho más que un estadio de amplia difusión de un canto u otro material folklórico. Pero, aparte de que el canto tradicional sea "estimado por antiguo", ¿no lo es, también, en virtud de algún tipo de funcionalidad por peregrina que ésta sea, transmitiéndose mientras sirva para algo, ya se trate de diversión o de enseñanza? Por otro lado, cómo habremos de medir o reconocer la "tradicionalidad": ¿habrán de pasar una generación o varias para que podamos decir que un canto es tradicional? ¿No puede ser lo tradicional, como Antonio Sánchez Romeralo sugiere para el villancico, cuestión de "estilo" más que cuestión de tiempo? ¿No puede un canto nacer ya tradicional? Dice Sánchez Romeralo: "La canción es casi toda ella un conjunto de fórmulas y rasgos de estilo; y los rasgos de estilo pueden fácilmente convertirse en bienes mostrencos al alcance de todos"¹⁴.

De un modo u otro, deberemos explicar en qué consiste lo popular, antes de especular sobre lo tradicional. Desde fuera y desde dentro de los estudios antropológicos se ha relacionado en ocasiones el concepto de "pueblo" con el de clases oprimidas o dominadas. Este criterio establece una dicotomía cultural según la cual habría una cultura de la "élite" o de las clases dominantes y otra "popular" de las clases sojuzgadas¹⁵. En un libro ciertamente interesante sobre la cultura europea a principios de la Edad Moderna, Peter Burke ha señalado la organización cultural de Europa en dos sectores fundamentales: Uno, el mayoritario, habrá tenido únicamente acceso a la cultura que solemos llamar "popular" y, también, "tradicional". El otro sector, minoritario pero dominante, habría sido "bicultural" y, a menudo, bilingüe, en el sentido de que disfrutaría al mismo tiempo del conocimiento de la cultura local y regional, "popular" en suma, que aprendió con la lengua vernácula en su niñez, y de

¹⁴ Antonio Sánchez Romeralo, "Hacia una poética de la tradición oral", en *El Romancero oral* (Madrid: Seminario Menéndez Pidal, 1971); también, *El Villancico. Estudios de la lírica popular*, pp. 215 y ss. Comentamos, aquí, ejemplos literarios de enfoque tradicionalista por la importancia que este ha tenido dentro de los estudios hispánicos sobre un amplio campo de investigación folklórica y, muy en especial, en los trabajos sobre Romancero.

¹⁵ Dice Isidoro Moreno Navarro en "Cultura tradicional y cultura popular en la sociedad moderna", *Cultura tradicional y Folklore* (Murcia, Diputación Provincial, 1981), p. 77: "Estas dos culturas (la hegemónica y la de las clases dominadas) tampoco se presentan en pie de igualdad; una de ellas es hegemónica porque es sustentada y responde a los valores útiles para reproducir el sistema económico social. La otra es dominada, asistemática". Moreno reserva la utilización estricta del concepto de cultura popular para aquellos casos en que tal cultura expresa "la ideología de las clases dominadas" (Ibid., p. 79).

la otra cultura elitista y con pretensiones de universalidad¹⁶.

Como Burke ha hecho notar habría que considerar al menos una cultura intermedia, *Chap-book culture*¹⁷, entre la Gran y Pequeña Tradición del esquema fijado por Robert Redfield¹⁸.

La élite y los intelectuales y artistas dentro de ella pueden, según el planteamiento de Burke, olvidar, practicar o redescubrir —y eso es lo que ocurrió en el siglo XIX con el nacimiento oficial del folklore— esa corriente cultural que les enlaza al común de las gentes. Se actúe o no "popularmente", se vive, muchas veces en relación con unos u otros momentos, en la tradición de lo popular. Tal como señala Dundes, la visión antropológica del folklore y del "pueblo", *folk*, se resiente en más de una ocasión de los rasgos con que fue definido por los estudiosos del XIX. Ellos componían un sistema con una sociedad "salvaje o primitiva", pre o no letrada, otra *folk* o campesina, iletrada, rural y de bajo estrato social y, por último, los civilizados o "élite", cultos, urbanos y de alta posición social¹⁹. En el esquema de Redfield, lo *folk* y lo *urbano* siguen apareciendo como extremos opuestos²⁰ y Foster, en su ensayo sobre *Folk Culture*, caracteriza a este como una parte de la cultura total de las sociedades preindustriales, o en trance de industrialización, que ha de completarse con la cultura de los núcleos urbanos y de la élite de los mismos. Tal enfoque asume los supuestos de la *sunken theory*, según la cual lo *folk* deviene de la degeneración de la "alta cultura"; o, dicho de otro modo, se nutre de los materiales artísticos que las clases superiores van desdeñando, por lo que se augura la desaparición de la

¹⁶ Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (New York: Harper and Row Publishers, 1981).

¹⁷ *Ibidem.*, p. 63. Explica Burke: "A case could certainly be made for describing the culture of early modern Europe as three cultures rather than two, since the literacy barrier did not coincide with the Latin barrier. Between learned culture and traditional oral culture came what might be called 'chap-book culture', the culture of the semi-literate, who had gone to school but not for long".

¹⁸ Robert Redfield, *The Little Community and Peasant Society and Culture* (Chicago: The University of Chicago Press, 1960; primera edición, 1956).

¹⁹ Alan Dundes, "Who are the Folk?", en *Frontiers of Folklore*, ed. William R. Bascom (Boulder, Colorado: Westview Press, 1977), pp. 19-20.

²⁰ Robert Redfield, *op. cit.*, pp. 132-148. En el trabajo de Redfield, empero, no faltan las reconsideraciones sobre tales oposiciones y, en especial, sobre la concepción de una *folk society* en abstracto.

cultura *folk* en las sociedades con un alto grado de industrialización²¹. Este sistema, sostenido con ciertas modificaciones por algunos antropólogos españoles, implica, también, que lo *folk* está excluido de las culturas “verdaderamente primitivas” que son, teóricamente al menos, completas en sí mismas.

Para Dundes y otros folkloristas norteamericanos “*folk* puede referirse a cualquier grupo de gente que comparte, al menos, un factor o rasgo común”²². Ese factor, étnico, de ocupación o de cualquier otro tipo, capacita a ese grupo para crear y tener su propio folklore. Así, aun siendo el folklore un código de entendimiento o identidad frente o respecto a otros grupos, no se circunscribe, únicamente, a los valores de etnicidad²³. Es obvio también que, de acuerdo con semejante planteamiento, no sólo los campesinos o los pobres tienen folklore. Richard Bauman ha hecho notar, por otro lado, que el folklorista debe preguntarse por el modo en que unas formas expresivas específicas de una determinada sociedad se relacionan con la estructura social de la misma²⁴. En este sentido, los esfuerzos de los folkloristas decimonónicos para identificar folklore y campesinos, o las aproximaciones de algunos antropólogos al tema, tratando de definir la *folk culture* en términos de grupos sociales o formas de sociedad, no han de ser del todo rechazados.

La cuestión de fondo, pues, es si entendemos el folklore como modelo social o como modelo estético. La actitud ética que siempre ha tenido —y tiene— un gran peso en quienes practican el folklore, como actuantes o estudiosos, tiende a presentar lo *folk* como una alternativa global de sociedad opuesta a la moderna, urbana y deshumanizada. La acepción del folklore como estudio de una estética colectiva es

²¹ George Foster, “What is Folk Culture?”, *American Anthropology*, LV, (1953), pp. 159-173.

²² Alan Dundes, “Who are...”, p. 22.

²³ Claudio Esteva Fabregat, “El Folklore en el contexto de la Antropología Cultural”, en *Cultura tradicional y Folklore*, pp. 46-55. Allí el autor recoge algunas interpretaciones etnicistas del Folklore articulándolas dentro de su discurso, si bien hace igualmente referencia a otras funcionalidades del fenómeno folklórico. Dice, por ejemplo: “Es obvio, asimismo, que uno puede usar el Folklore de una tradición cultural diferente a la suya propia, como en el caso de los cuentos de Andersen o de los hermanos Grimm, y es también obvio que, en tal extremo, la funcionalidad del Folklore no es propiamente etnicista, sino que responde a otra necesidad individual, de fantasía o de sublimación intercambiables en cuyo alcance podemos reconocer la virtualidad de elementos de identificación del yo individual con una temática universal o geográficamente muy extendida...” (p. 55).

²⁴ Richard Bauman, “Settlement Patterns on the frontiers of Folklore”, en *Frontiers of Folklore*, p. 127.

más moderna y sofisticada. Dentro del estudio del folklore hay, según Alan Dundes, tres aspectos básicos que, además, han de ayudarnos a caracterizar las distintas formas en que el folklore se manifiesta: *textura*, *texto* y *contexto*²⁵. El primero se encuentra relacionado, sobre todo, con la lingüística y, más exactamente, con la socio-lingüística, el segundo con la literatura y el tercero con la sociología y la antropología. El folklorista, preocupado más que nada en coleccionar materiales e identificarlos, ha dejado el análisis de la textura a los lingüistas, de los textos recogidos a los historiadores de la literatura, y del contexto a los antropólogos²⁶. Las contribuciones de estos al folklore han enfatizado la importancia del contexto para la cabal interpretación del folklore y de la *performance* como verdadera unidad del hecho folklórico, revelándose él mismo como acto, fundamentalmente, de comunicación. Como bien acertó a señalar William Bascom²⁷, las aportaciones de Malinowski que, al principio pasaron desapercibidas dentro del ámbito folklórico, han sido decisivas en este sentido. El texto folklórico, engañoso en cuanto a texto pues no es más que la instantánea de un cuerpo en movimiento, se ve contrapuesto, hoy, al concepto de *performance*, ampliamente explotado por estudiosos de la literatura oral como Albert Lord y sus múltiples seguidores²⁸. En definitiva, el "texto" que el folklorista estudia es una *performance*, que conviene contrastar con otras, ya se trate de un canto, chiste o ritual. Desde esa perspectiva, desde el enfoque de una estructura que se abre a nuevas transformaciones, decimos que el folklore es una manifestación colectiva, suma de individualidades, más —o mejor— que anónima.

Si consideramos al folklore como un arte colectivo, como una poética, podremos con Roman Jakobson y otros establecer reveladores paralelismos entre folklore y lingüística y concluir que el folklore, como sistema, es al concepto de lengua, lo que

²⁵ Alan Dundes, *Interpreting Folklore* (Bloomington: Indiana, University Press, 1980), pp. 20-32.

²⁶ *Ibidem.*, p. 32

²⁷ William R. Bascom, "Malinowski's Contributions to the Study of Folklore", *Folklore*, Vol. 94: II (1983), pp. 163-172.

²⁸ Albert B. Lord, *The Singer of Tales* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1960). La teoría conocida como *oral formula*, de Parry y Lord, ha influido enormemente en los estudios sobre estos temas dentro del marco anglosajón.

el hecho folklórico —si se prefiere *performance*— es al habla²⁹. Pero en cuanto que, al ser, básicamente, una desviación del código más usual de comunicación, el folklore se nos presenta, sobre todo, como creación estética, podemos decir que en él se integran un sistema o código colectivo de comunicación, propio de un grupo, las realizaciones o aportaciones individuales y el hecho folklórico en sí. Llegados a este punto, puede preguntarse cuál es la diferencia entre folklore y antropología y, especialmente, aquellas ramas de ella cuya formulación se centra en la reconstrucción y análisis de una poética comunitaria³⁰. No es fácil hacer distinciones en este terreno y, quizá, tampoco importe mucho parcelar al milímetro el espacio que a cada estudioso pueda corresponder. La realidad es que antropólogo y folklorista provienen de diversas tradiciones culturales con diversa evolución e historia y que, aunque ambos, pienso, deben hallarse cada vez más intercomunicados en su trabajo, no han de hacer, necesariamente, lo mismo.

Confluirán, sin duda, sobre los mismos temas, pero por la propia trayectoria del folklore y el adiestramiento profesional que el folklorista suele tener, en general, éste tenderá a enfocar su estudio desde el "texto" o la *performance* trayendo a ese microcosmos los datos de contexto y textura que puedan ser reveladores. Para el antropólogo, ese "texto", esa *performance*, serán, muy a menudo, un elemento más en el análisis del comportamiento de una comunidad dada. El folklorista estaría, así, especializado en el estudio de los mecanismos creativos de la gramática estética de una colectividad. Los productos objeto de su trabajo, y el código colectivo en que se basan, responden a una sublimación colectiva, a un determinado tipo de *poiesis* sublimadora que sirve, entre otras cosas, para conjurar la tensión y contradicciones de una sociedad.

Como dice Bauman, el esfuerzo interdisciplinar de aunar en una síntesis investigadora los logros de la antropología, la lingüística y la literatura para el estudio del folklore, nos lleva, cíclicamente, a los inicios de esta disciplina y al espíritu integrador que

²⁹ Roman Jakobson y P. Bogatyyre, "Die Folklore als besondere Form des Schaffens", *Verzameling van Opstellen Door Oud-Leerlingen an Bevriende Vakgenooten Opgedragen Aan Mrg. Prof. Jos. Schrijnen* (Nijmegen-Utrecht, 1929), pp. 900-913.

³⁰ Hay una mayor coincidencia entre el Folklore, en un sentido moderno, y ciertos enfoques formalistas de la Antropología actual especialmente dirigidos hacia la poética expresiva de una colectividad.

animó a los primeros folkloristas³¹. Espíritu que deberíamos continuar. Pero por interdisciplinaridad habremos de entender no sólo la colaboración entre profesionales de distintos campos —siempre enriquecedora— sino, también, una preparación adecuada, por parte del investigador, respecto al que será su objeto de estudio. Quiere decirse que quien vaya a estudiar, por ejemplo, literatura folklórica debería reunir los conocimientos que Bauman señala y ser capaz de conjugar diversos saberes y técnicas.

El folklore como ciencia, llamémoslo de uno u otro modo, es hoy, en sus complementarias facetas de identificación e interpretación, un modo de hacer antropología, lo que no contradice en absoluto lo anteriormente expuesto, sobre todo si tenemos en cuenta que dentro del término antropología caben, quizá, en estos momentos, demasiadas piezas, de manera que parece, a veces, una especie de cajón de sastre de las Humanidades menos definidas. Que a los folkloristas de nuestro país no les vendría nada mal acercarse más a la antropología es cosa tan clara como necesaria. Que a los antropólogos españoles les conviene informarse sobre las aportaciones y vías marcadas por algunos folkloristas actuales es, también, una obvia realidad. Complejos y prejuicios corporativistas han dificultado esa deseable comunicación entre antropología y folklore en España. Aquí, no pocos antropólogos, ajenos al trabajo y preocupaciones del folklorista, entendido en un sentido moderno, siguen identificando el folklore con el movimiento nostálgico, con una espere de antropología balbuciente y rudimentaria o, incluso, con sus primeros pasos en el campo antropológico. Ven pues al folklore como algo superado, si no, como experiencia primeriza y vergonzante. Sin embargo, el folklore se encuentra, actualmente, en otros países, a la vanguardia de las más penetrantes y sofisticadas corrientes de las ciencias sociales.

Desde esa perspectiva, el folklorista hoy no es ni ha de ser el quincallero sabidillo de tipismos y reliquias populares que en ocasiones fue, sino un bien adiestrado especialista capaz de desentrañar el proceso creativo de una colectividad y su plasmación estilística, pues se trata más que de averiguar cómo se gesta una obra, de saber cómo se fija un estilo dentro del cual se vierten sucesivas creaciones.

³¹ Richard Bauman, *op. cit.*, p. 129.

Aunque los modernos folkloristas sigan trabajando básicamente sobre los mismos temas que sus antecesores recogieron y estudiaron, deberán, por fin, penetrar en ellos y no contentarse con la recolección y clasificación de piezas peregrinas o arcaicas.

En folklore, como en tantas otras disciplinas, se sigue pensando —en nuestro país— que el saber es cosa acumulativa, si no posesiva, como una especie de atesoramiento de los bienes inmuebles del espíritu. Así, el folklorista ha de amontonar materiales en vitrinas de museo, más que ponerse a estudiarlos a fondo, y será "bueno en su oficio" si está al tanto de todas las rarezas, sean fiestas, costumbres o mojigangas que acontecen en su entorno. De este modo y con semejantes ejemplos, el folklorista se ejercita más como archivero del costumbrismo de su provincia que como científico que observa la realidad e intenta interpretarla. Lo que importa es que sepa que existe esto y aquello y, como en casos llega a ocurrir, que lo oculte al posible competidor, pensándose poseedor —¡qué tremenda paradoja!— del saber colectivo.

Creo que debemos prepararnos para saber qué hacer con un determinado material, cómo entrar en él, cómo saber más de su naturaleza, conocer qué herramientas y técnicas debemos utilizar para descubrir sus mecanismos de funcionamiento. Así se estudia el folklore en nuestros días; hacer de la propia cabeza un arsenal de fichas sobre exotismos populares puede aproximarnos al tema, pero bien poco nos enseña. Además, los conceptos sobre folklore dependen de las tradiciones culturales. De acuerdo con el modelo antropológico norteamericano que, en este sentido, se nos presenta como el más integrador, arqueología, antropología física, lingüística y antropología social serían piezas de un vasto mosaico a través del cual podemos conocer mejor al ser humano.

Claude Lévi-Strauss³² ha hecho notar cómo el término *etnología*, que fue muy utilizado en algunos países europeos, es, hoy, obsoleto en el mundo anglosajón, mientras que *etnógrafo* equivale, prácticamente, a antropólogo. En España, *etnógrafo* y *etnólogo* han venido siendo vocablos que utilizan tanto los prehistoriadores como los folkloristas. Buscando la claridad en este laberinto de palabras y conceptos que varían según el lugar y el momento, tomemos un

³² Claude Lévi-Strauss, *Structural Anthropology* (New York: Basic Books, Inc., Publishers, 1963), pp, 2-3.

determinado ítem —poema, obra artesanal o rito— y, de acuerdo con el sistema más tradicional, veamos cuál es el papel de cada una de las disciplinas a las que nos hemos referido en relación con su estudio: la etnografía se ocupará de su descripción e identificación; la etnología de su estudio mediante la comparación y contraste con manifestaciones semejantes de otras comunidades y culturas; la antropología de integrar los conocimientos derivados del análisis anterior dentro de un determinado modelo de sociedad. Por último, ¿qué papel tendrá que jugar el folklore en esta esquena? En mi opinión, tendrá que interesarse por el modo en que ese ítem ha sido producido, por el proceso de creación, código y normas expresivas que lo han hecho posible. También, por su función dentro de un determinado sistema social.

El folklore estudiará, en suma, todo lo relacionado con la creación y transmisión de unas manifestaciones culturales que no tienen autor conocido ni único, de la configuración del "estilo" o "escuela" que las propicia, y de la manera en que se difunden y transforman en el espacio y en el tiempo. Como lenguaje estético que es, el código de creación folklórica acusará la alteración de cualquiera de los elementos en que se basa, afectando esa variación a todos los demás. El folklore es el afán científico por conocer el engranaje sobre el que se sustenta tal maquinaria creativa, por desandar los pasos de una poética con la que cada colectividad conjura sus contradicciones y se expresa como conjunto de seres. Al satisfacer ese afán, buscando nuestra interpretación entre las variadas visiones de la realidad que fueron codificadas en este mito o aquel ritual, una de las posibles interpretaciones cifradas en ellos, desinventamos un arte que nunca estará terminado del todo, escrito del todo, ni podrá ser leído del principio al final. Un arte proteiforme, cambiante, que se nos presenta tan múltiple en caras como en autores y a través del cual no es una época o el genio de un artista lo que se refleja, aunque en él podemos encontrar huella de ambas cosas, sino muchas épocas y personas y, en suma, un modo de interpretar la existencia.

Bibliografía

- Bascom, W. (1973). Folklore, Verbal Art, and Culture. *The Journal of American Folklore*, 86(342), 374–381. <https://doi.org/10.2307/539361>
- Bascom, W. (1983). Malinowski's Contributions to the Study of Folklore. *Folklore*, 94(2), 163–172. <http://www.jstor.org/stable/1260489>
- Bauman, R. (1977). Settlement Patterns on the frontiers of Folklore. En Bascom, W. R. (Ed.) *Frontiers of Folklore* (p, 127). New York: Routledge.
- Burke, P. (1981). *Popular Culture in Early Modern Europe*. New York: Harper and Row Publishers.
- de Carvalho Neto, P. (1969). *History of Iberoamerican Folklore*. Dosterhaut: Anthropological Publications.
- Dorson, R. M. (1959). *American Folklore*. Chicago: University of Chicago Press.
- Dundes, A. & Pagter, C. R. (1978). *Work Hard and You Shall Be Rewarded: Urban Folklore from the Paperwork Empire*. Bloomington: Indiana University Press.
- Dundes, A. (1965). The Study of Folklore in Literature and Culture: Identification and Interpretation. *The Journal of American Folklore*, 78(308), 136–142. <https://doi.org/10.2307/538280>
- Dundes, A. (1977). Who are the Folk? En Bascom, W. R. (Ed.) *Frontiers of Folklore* (pp. 19-20). Goulder: Westview Press.
- Dundes, A. (1980). *Interpreting Folklore*. Bloomington: University.
- Fabregat, C. E. (1981). El Folklore en el contexto de la Antropología Cultural. En *Cultura tradicional y cultura popular en la sociedad moderna* (p. 46-55). Murcia: Diputación Provincial.
- Foster, G. (1953). What is Folk Culture? *American Anthropologist*, 55(2), 159-173. <https://doi.org/10.1525/aa.1953.55.2.02a00020>
- Jakobson, R. (2011). Die folklore als eine besondere form des schaffens (mit P. Bogatyrev). In *Volume IV Slavic Epic Studies* (pp. 1-15). Berlin, Boston: De Gruyter Mouton. <https://doi.org/10.1515/9783110889581.1>

- Leach, M. (Ed.). (1972). *Standard Dictionary of Folklore Mythology and Legend*. New York: Funk and Wagnalls.
- Lévi-Strauss, C. (1963). *Structural Anthropology*. New York: Basic Books.
- Lisón, C. (1983). *Antropología Social y Hermenéutica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lord, A. B. (1960). *The Singer of Tales*. Cambridge: Harvard University Press.
- Machado, A. (1987). Sobre el Folklore. *El Folklore Andaluz*, 1, 15-22.
- Menéndez Pidal, R. (1953). *Romancero Hispánico* (Vol. I). Madrid: Gredos.
- Moreno, I. (1981). Cultura tradicional y folklore. En *Cultura tradicional y cultura popular en la sociedad moderna* (p. 77). Murcia: Diputación Provincial.
- Propp, V., Martin, A. Y., & Martin, R. P. (1984). *Theory and History of Folklore* (A. Liberman, Ed.; NED-New edition, Vol. 5). University of Minnesota Press.
<http://www.jstor.org/stable/10.5749/j.ctttv14w>
- Redfield, R. (1960). *The Little Community and Pessant Society and Culture*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Sánchez Romeralo, A. (1969). *El Villancico. Estudios sobre la lírica popular en los siglos XV y XVI*. Madrid: Gredos.
- Sánchez Romeralo, A. (1971). Hacia una poética de la tradición oral. En *El Romancero oral*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal.